

Prólogo

Era una noche cálida y húmeda. Una noche sudorosa.

Una noche exactamente igual a cientos de otras noches calientes y sudorosas, de un sábado en Sarasota, Florida.

La luna estaba casi llena, y su luz titilaba sobre las aguas del Golfo. La arena blanca y fina de Crescent Beach relucía con un brillo propio.

Mientras el inspector Ric Alvarado caminaba hacia la multitud reunida en la estación de salvavidas en el extremo sur de la playa, unos granos de esa arena blanca le entraron en el elegante zapato, donde la arena era bastante menos bella.

—Es aquí —dijo Bobby Donofrio, como si Ric no pudiera ver su calva brillando a la luz de los reflectores de búsqueda que iluminaban la escena del crimen. Bobby estaba junto a Johnny Olson, un tipo nervudo. Olson podría haber sido el mejor inspector del departamento si hubiera moderado su afición a la bebida.

—Ya iba siendo hora de que aparecieras.

Sólo habían pasado quince minutos desde que Ric recibiera la llamada. El trayecto había sido rápido. Pero no tenía sentido discutir con Donofrio.

—¿Hay testigos? —inquirió.

—Hasta ahora, no —dijo Johnny, girándose hacia él—. Eh, bonito traje —dijo, y lanzó un silbido de admiración.

—¿Qué pasa? ¿Te hemos pillado en medio de una cita caliente o algo así? —preguntó Donofrio.

—Algo así —respondió Ric, que en verdad no quería decirles que ellos dos, a diferencia de otros miembros de la brigada de inspectores, no habían sido invitados a la fiesta de Martell Griffin, que celebraba la obtención de su título de abogado en el restaurante Columbia, en St. Armand's Circle.

Era el lugar donde estaba Ric hacía quince..., no, dieciséis minutos. Escuchando al grupo de salsa que su propio padre había montado con sólo unas horas de antelación, porque los músicos habituales del club habían perdido un vuelo en el aeropuerto de Key West. Flirteando con una bella rubia, una maestra de Ohio que visitaba Florida por las vacaciones. Celebrando el éxito bien merecido de su mejor amigo.

Lo estaba pasando bien, antes de que Donofrio lo llamara para pedirle que tradujera, a pesar de que Lora Newsom, que hablaba español fluidamente, se encontraba entre los agentes en la escena del crimen.

—¿Por qué me habéis llamado? —Ric mantuvo un tono sereno mientras miraba al fornido inspector, aunque sabía que en su mirada asomaba cierta irritación.

—Porque la hermana de la víctima no habla *bueno* inglés, y lo último que necesitamos es otra mujer lloriqueando. —Donofrio entornó los ojos en dirección a una mujer que sin duda era la hermana. Se había dejado caer en la arena, y varios policías la mantenían apartada para que los fotógrafos acabaran de tomar fotos del cadáver que yacía sobre la arena—. Con una ya tenemos suficiente.

Aquello era una chorrada. Newsom era una de las pocas mujeres en la brigada, lo cual significaba que se había esforzado diez veces más que cualquiera de los hombres para llegar donde estaba. Era una mujer compasiva pero firme, capaz de patear unos cuantos culos cuando era necesario, y podía ser una roca a la que arrimarse en momentos de crisis. Sin embargo, desde que se había venido abajo en los vestuarios el día que recibió la noticia de que su suegra había muerto en un accidente en la carretera, había tenido no pocos problemas, sobre todo con esos dos, el Gordo y el Flaco, que ahora lo miraban.

Un solo incidente, una sola ocasión. Y era lo único que esos dos payasos recordaban.

Gracias a su famoso padre, Ric sabía que caminaba por el mismo terreno movedizo.

—¿No creéis que la hermana tiene derecho a llorar? —preguntó. Debería haber ignorado a Donofrio, pero estaba cabreado. Un día de éstos ese hijo de puta lo empujaría más allá de lo que podía tolerar. Y, Dios mío, cuando se acercó, vio que la víctima no parecía tener más de once o doce años. Sabía que las bandas iniciaban a los suyos cada vez más jóvenes, pero éste era sólo un niño.

—Supongo que te habremos estropeado el plan. —El Flaco Johnny Olson no renunciaba a comentar el hecho de que Ric no vestía su típico atuendo de vaqueros y zapatillas deportivas.

—No necesariamente —se le ocurrió decir a Donofrio—. La hermana es una *mamacita*. Todavía podrías mojar si juegas bien tus cartas. Hazle creer que se trata de consolarla.

Donofrio no bromeaba. Ric tuvo que darle la espalda. Uno día de éstos...

Justo en ese momento los vio.

Eran dos chicos. Eran mayores que el chaval muerto, pero no mucho más. Se mantenían a unos quince metros del resto de los mirones, en la sombra, al exterior de la luz de los reflectores.

Ric no podía hacer gran cosa antes de que los fotógrafos acabaran su morbosa tarea. Con sólo una mirada, supo que la hermana no estaría en condiciones de responder a preguntas hasta que la hubieran dejado acercarse a la víctima. Incluso entonces, puede que no estuviera preparada para un interrogatorio antes de que levantaran el cadáver y lo trasladaran a la morgue.

Y quién sabe si entonces estaría preparada.

Así que Ric se alejó por la playa, cuidando de no ir directamente hacia los dos chicos. Tenía la intención de situarse detrás de ellos, y dejarlos entre él y la multitud de agentes de policía e inspectores. Pero no llegó lejos antes de que Donofrio también los viera y gritara:

—¡Eh! ¡Vosotros dos! ¡Venid aquí!

Como era de esperar, los chicos dieron media vuelta y huyeron.

Johnny y Bobby Donofrio corrieron detrás, pero incluso con sus zapatos elegantes, Ric fue más rápido.

Corrió tras ellos hasta llegar a las dunas, un sector de la playa declarado ecológicamente frágil y prohibido al público. Los chicos corrían muy rápido y Ric subió como pudo tras ellos, a través de los arbustos que separaban la playa de una zona de estacionamiento mal iluminada.

Empezaba a acortar distancias con los chicos, con los pulmones quemándole por el esfuerzo, corriendo cada vez más rápido, hasta que uno de ellos, el más alto, tropezó.

Se golpeó al caer, pero se incorporó casi enseguida. La luz de la luna brilló sobre un objeto metálico que sostenía en una mano.

El chico tenía una pistola.

Ric la vio con toda claridad, reconoció el brillo del acero inoxidable. Era una Smith & Wesson de nueve milímetros, pequeña pero mortífera.

Ya había sacado su propia pistola cuando gritó:

—¡Suéltala! ¡*Suelta el arma!*

Pero el chico no la soltó y las cosas sucedieron a cámara lenta de alta definición.

Los detalles adquirieron un nítido relieve. La culata negra de la pistola. La tensión y el miedo en la expresión del joven delincuente.

Era mayor de lo que Ric había pensado, tal vez unos dieciocho o diecinueve años, pero pequeño para su edad.

El otro chico ya había desaparecido.

—¡*Suelta el arma!*— volvió a gritar Ric en español, acentuando cada sílaba y tardando una eternidad, y luego otra eternidad antes de que su corazón bombeara sangre por sus venas, una sangre que le rugía en los oídos.

Pero el chico no la soltó, y siguió sin soltarla, y Ric levantó el arma, sabiendo que era un disparo sin dificultades, pero, maldita sea, ¿acaso un chico muerto en la playa no era suficiente?

Por lo visto, no, porque aquel muchacho disparó dos veces, una rápida doble detonación, y Ric sintió un impacto en el brazo y otro en un costado que lo hizo girarse. Hasta ahí llegaba su traje nuevo.

El chico volvió a disparar, pero esta vez no le dio, y Ric tuvo una fracción de segundo para volver a apuntar su arma, dispararle y dar en el blanco.

Apretó el gatillo y el chaval cayó sobre la arena al tiempo que la pistola salía volando.

Pero, maldita sea, Ric tampoco se podía mantener de pie y también cayó pesadamente de rodillas, justo cuando Johnny y Bobby Donofrio aparecían en lo alto de la duna.

—Tenemos a un agente herido —gritó Johnny, mientras Donofrio disparaba.

—No —dijo Ric, pero ellos no lo oyeron. Era del todo imposible con Donofrio vaciando su cargador sobre el chico. Dos, tres, cuatro, cinco, seis y siete disparos, con lo que acabó doblando el número de muertos esa noche.

Hijo de puta.

—Aguanta, chico —dijo Johnny a Ric, inclinándose sobre él. El aliento era una mezcla de whisky barato y tabaco—. Ahora llega la ayuda. Tú, aguanta.

En una escala de uno —simples náuseas— a diez —acurrucado en posición fetal, sollozando en una habitación a oscuras durante horas—, la resaca de esa mañana era sin duda un ocho.

El café lo ayudó apenas a aliviar el dolor que le partía la cabeza en dos, pero aumentó el factor náuseas por cien. De nada le ayudaba no recordar lo ocurrido la noche anterior. Cómo había llegado a casa. Con quién había estado.

Como si no pudiera adivinarlo.

En cualquier caso, Robin Chadwick se había metido en la ducha. Se vistió, ordenó las cosas en la mochila del día, se puso crema protectora para el sol, cogió su sombrero y salió por la puerta con paso vacilante.

Su cuñado había tenido no pocos problemas para montar las actividades de ese día. No ocurría muy a menudo que un actor acudiera a entrenar con un equipo de las Fuerzas Especiales de la Marina.

Desde luego, Demi Moore había pasado una temporada en Coronado antes de filmar *La teniente O'Neil*. Pero ella pasaba por las vías oficiales, a través del departamento de relaciones públicas de la Marina. No tenía acceso a los miembros de los equipos, como Robin.

No, su situación era bastante particular. Su hermana, Jane, se había casado con un jefe de las Fuerzas Especiales llamado Cosmo Richter.

Iba en serio. El tipo se llamaba Cosmo.

No era un mote cargado de significado que le hubieran puesto sus directores de unidad o sus instructores, como el último personaje de Robin, que se había ganado el apodo de «Crash».

No, al parecer, la madre —un poco loca— de su cuñado lo había parido, había mirado su carita enrojecida y declarado que habría de llamarse Cosmo.

Y ahí estaba el hombre del nombre divertido, apoyado en el todoterrero estacionado en la entrada, observando a Robin que pestañeó cuando la radiante luz del sol le dio como un hachazo en la cabeza.

Madre de Dios, y pensar que ya se había puesto las gafas de sol.

Buscó las llaves con manos temblorosas y volvió a entrar a toda prisa en la casa, donde renunció a su café con la intención de apaciguar al dios de la porcelana, vulgarmente llamado váter. Al parecer, el sacrificio fue aceptado, porque el martilleo en la cabeza disminuyó casi enseguida. Después de lavarse la cara con agua fría, Robin volvió a tener el aspecto de un ser humano.

O casi.

La suerte y los genes le habían dado una de esas caras bonitas a pesar de todo. A los veinticinco años, había perdido todos los rasgos del niño y había ganado algo más tosco, incluso más elegante. Era decididamente uno de esos hombres con suerte, porque a medida que pasaban los años se iba volviendo más y más guapo.

Sin embargo, esa mañana su piel tenía un tono grisáceo y unas ojeras muy poco atractivas de color púrpura.

Harve, un amigo del departamento de maquillaje y entusiasta participante en las fiestas, solía decir que el secreto de tener buen aspecto dependía del pelo. Siempre que tuvieras un día de buen pelo, nadie se

fijaría en las pequeñas imperfecciones que cualquier maquillador que se respetara podía ocultar con facilidad.

Desde que tenía trece años, la vida de Robin había sido un largo y permanente día de buen pelo.

Se acercó al espejo. A pesar de todo, bien podría beneficiarse de treinta minutos en la silla de Harve. Un poco de base y algo para disimularle las enormes ojeras...

Claro, como si fuera a visitar las Fuerzas Especiales de la Marina maquillado como un monigote. Sería una manera estupenda de conseguir que los marines se abrieran y conversaran con él.

Podía ocultar lo de los ojos con las gafas de sol. Y la palidez mejoraría cuando le diera un poco el aire fresco. El temblor de manos también podía disimularse, aunque eso era más fácil de decir que de hacer, sobre todo cuando se trataba de Cosmo.

En cualquier caso, Robin era actor. Se ganaba la vida engañando a la gente.

Salida de la casa, toma dos.

—Lo siento —dijo Robin a su cuñado. Vaya, había que reconocer que era todo un actor. Incluso había conseguido sonar entusiasmado. De buen humor. Como si no acabara de vomitar hasta el alma—. Había olvidado mi móvil. Y no podía encontrarlo. Tuve que llamarme a mí mismo, pero lo tenía en modo vibrador. Para ser breves, lo he encontrado. Vale. —Logró sonreír mientras se guardaba las llaves—. Estoy preparado, Jefe.

Cosmo no se había movido. A diferencia de Robin, que no podía estarse quieto, Cosmo era dueño de una quietud que podía poner los pelos de punta. También tenía un radar infalible para saber cuándo le mentían.

Mientras Robin se acercaba al todoterreno, Cosmo no se movió. Tampoco dijo palabra. Se limitó a mirar a Robin con semblante inexpressivo y los ojos ocultos tras las gafas de espejo.

—Sí, vale. Estupendo —Robin se vino abajo ante tanta presión—. No sé por qué siempre intento hacerte creer mis chorradas de mentiras.

—Ties' un aspect'e mierda —dijo finalmente Cosmo. A veces hablaba como si le cobraran una enorme suma por cada palabra que pronunciaba, y quizá por eso creaba contracciones que no existían en la lengua.

—Porque, créeme, me siento como la mierda —reconoció Robin mientras subía al coche y dejaba su mochila en el suelo.

—¿Estás seguro de que quieres hacer esto? —Cosmo se había puesto al volante.

—Sí, el rodaje comienza en un par de meses. —Aquella realidad impostergable le daba un miedo de muerte. ¿De verdad estaba preparado para iniciar un rodaje? Eran muchos los que apostaban por Robin Chadwick como un gran éxito de taquilla.

Cosmo seguía ahí sentado, al otro lado de la cabina del todoterreno, mirándolo.

Joder, aquello lo hacía sentirse incómodo. El tío debería haber sido cura o agente de la CIA. Esa capacidad suya para leer el pensamiento, o al menos su habilidad para que pareciera que podía hacerlo, era lo máximo. ¿Cómo diablos lo conseguía?

Al final, su cuñado desvió la mirada. Puso el coche en marcha y arrancó. No dijo palabra durante un rato largo. Sólo cuando puso el intermitente para girar hacia la base naval volvió a mirar a Robin.

—Janey está preocupada por ti.

Robin suspiró.

—Janey siempre está preocupada por...

—Yo también. —Contra todo pronóstico, Cosmo pronunció dos frases seguidas—. No estoy seguro de que debieras aceptar este papel, Rob.

Él lo miró, enfurecido.

—¿Crees que no soy capaz de interpretar a un agente de las Fuerzas Especiales?

—Este entrenamiento es intenso. Tú no tienes el tipo de condición física en que deberías estar...

—Puedo hacerlo —interrumpió Robin—. Y lo haré. —Desde luego, no estaba dispuesto a renunciar a medio millón de dólares y a la posibilidad de trabajar con el ganador de un *oscar*, el director Victor Strauss—.

Esta película me sitúa en un nivel totalmente diferente. Después de esto, seré una estrella.

—Ya eres una estrella.

—No, no lo soy. Soy sólo un sabor. Vale, he durado más de un mes en cartelera, pero *Aguas revueltas* me situará en el mapa.

Cosmo lo miró.

—¿*Aguas revueltas*?

—Sí, es el nuevo título que les mola..., al menos esta semana —advirtió Robin—. Interpreto a un personaje que resulta ser víctima de una encerrona en un intento de asesinato del presidente que acaba en chapuza. Me encuentro atrapado en una situación de la que no puedo escapar, en aguas revueltas, ¿me entiendes? Pero los malos no tienen ni idea de quién soy ni de lo que soy capaz de hacer. Al final, les vuelo el culo a los malos, mi nombre queda limpio y salvo al presidente de Estados Unidos de un segundo intento de asesinato. Además, me quedo con la chica. —Siempre había una chica, un interés amoroso, en películas como ésa.

Cosmo lo volvió a mirar, pero guardó silencio.

—Es una película de palomitas —siguió Robin—. Mi foto estará en las portadas. Si lo hago bien y se lanza por todo lo alto, seré una estrella. —Y si no brillaba por todo lo alto, o si de alguna manera él iba y la cagaba con una de sus indiscreciones...

—Así que eso es lo que quieres —dijo su cuñado, con otra de sus miradas penetrantes—. Ser una estrella.

—Sí —dijo Robin, mirando por la ventana para no tener que ver la expresión de incredulidad de Cosmo. No tenía que verla para sentirla—. Es lo que quiero y puedo conseguirlo, ¿vale? Así que más te vale callar. No todo el mundo tiene el tipo de relación que tú tienes con Janey. Así que... mejor no toques el tema. Por favor.

Desde luego, no era la intención de Cosmo seguir la discusión. De hecho, no volvió a hablar hasta que aparcaron frente a un edificio de una planta, entre una variedad de coches, todoterrenos y SUV que transmitían a las claras la condición de machos alfa de sus dueños.

Cuando los dos bajaron del vehículo, Cosmo le dio a Robin la advertencia más progrullesca de la historia.

—Este entrenamiento te romperá los huevos.

—Pues, vale, qué bien —dijo Robin, mientras se ponía la mochila al hombro—. Entonces, ¿qué esperamos?

Annie Dugan estaba harta de las llamadas de emergencia a medianoche.

Durante meses, había vivido al borde del desastre, maldiciendo lo inevitable. Era prisionera del espectro de la muerte cercana, atrapada en un rincón y, aun así, seguía luchando contra los pronósticos por alguien que, al final, se había ido y la había dejado.

El funeral de Pam había sido maravilloso, por supuesto. Pam se había encargado de todo con antelación, y sus padres estaban presentes para asegurarse de que todo marchaba a la perfección. Annie se sentó en los bancos traseros de la iglesia, demasiado cansada y todavía demasiado enfadada con su mejor amiga como para llorarla.

La casa (una rústica granja de New Hampshire que Pam había renovado con su elegancia artística dos años antes de que le diagnosticaran una enfermedad no operable) se vendió casi enseguida, sólo unas horas después de que retiraran del salón principal la cama del hospicio.

A Annie le había dado la impresión de que todo estaba ocurriendo demasiado rápido, pero en el fondo de su corazón sabía que era una buena cosa. A pesar de lo mucho que amaba esa casa, y por mucho que pensara en ella como un hogar, no era su hogar y no quería quedarse.

Annie había vuelto a Boston. Templar, Brick and Smith volvieron a contratarla, tal como habían prometido. A Eunice Templar, conocida en el mundo de los negocios como la Dama del Dragón, se le habían humedecido los ojos cuando Annie le contó que no se trataba de una baja temporal de un mes, que se mudaba a New Hampshire por un periodo indeterminado para que su mejor amiga, Pam, pudiera vivir sus últimos meses en casa en lugar de morir en un hospital, rodeada de desconocidos.

Después de la muerte de Pam, volvió a trabajar en la empresa de contables. Encontró un piso en Newton y recuperó sus muebles y sus trajes y zapatos formales de un guardamuebles.

Según el coordinador del hospicio y los terapeutas del duelo habían declarado, Annie vería que su vida volvía a la normalidad, lenta pero seguramente. Eso sí, tardaría un tiempo. Había que tener paciencia y saber que aparecerían baches en el camino.

Al principio, sería raro volver a trabajar en un cubículo, después de haber vivido tanto tiempo al aire libre. Sería incluso un poco irreal. Casi como si nunca se hubiera ido, como si nunca hubieran existido esos últimos meses.

Tendría que seguir con una terapia, le aconsejaron, así que ella, obediendo, acudía a la consulta una vez a la semana, como parte de su nueva/vieja rutina.

Pero ahora habían pasado meses y nada de eso parecía aún ni remotamente familiar, al menos no hasta que el teléfono sonó esa noche, interrumpiendo a Jon Stewart, a las once y cuarto.

Era Celeste Harris, la mujer que había comprado la casa de Pam, y llamaba muy afligida. El perro de Pam, *Pierre*, un chucho diminuto, mezcla de poodle y misterio, había escapado de su nuevo hogar en casa de la madre de Pam y había vuelto a aparecer en el jardín trasero de Celeste. Ella había intentado atraerlo al interior, tentándolo con comida, pero él no se atrevía a entrar. Afuera hacía frío, y las temperaturas bajarían todavía más. Había llamado a la perrera del pueblo, pero no podrían venir hasta la mañana siguiente.

Celeste temía que entonces sería demasiado tarde..., que *Pierre* se moriría de frío.

Así que había llamado a Annie, esperando que ella pudiera ayudarlo.

Y ahí estaba Annie. Volando al rescate. Hacia el norte, por la Ruta 3. Temblando de frío porque su coche no acababa de calentarse en la fría noche de Nueva Inglaterra.

Llamó a la madre de Pam, que le confirmó que *Pierre* se había escapado hacía una semana, aunque ella no había querido molestarla con esas malas noticias. Ese perro era un verdadero dolor de cabeza, siempre escondiéndose debajo del banco en la cocina. Se negaba a comer. Por la noche, hacía sus necesidades en el suelo del comedor.

Pam, que había arreglado todos los detalles antes de hacer lo inombrable, se había asegurado de que *Pierre* fuera a vivir con su primo Clive, que el chucho había aprobado a regañadientes. Pero cuando a Clive le ofrecieron un ascenso y lo trasladaron a la sede de su empresa en Londres, *Pierre* se fue a vivir con la madre de Pam.

Era casi la una de la madrugada cuando Annie salió de la carretera principal y siguió por el camino de tierra que llegaba hasta la casa de Pam. La antigua casa de Pam.

Las luces todavía estaban encendidas, incluyendo las de los dos porches. También había luz en la cocina y la puerta de rejilla de atrás se abrió con un chirrido familiar cuando Annie aparcó y bajó del coche.

—Gracias por venir. —Celeste salió al porche trasero, seguida de sus dos hijas.

A Pam le habría encantado saber que en la casa vivían niños. Eso sí, no le habría gustado ver que habían derribado sus laureles de montaña.

—Está allá, junto a las latas de basura —dijo la menor—. Junto al garaje.

—Es un granero, cabeza de chorlito —la corrigió su hermana mayor, con aires de superioridad.

—Sí, pero guardamos el coche ahí dentro, así que también es un garaje.

—Chicas... —advirtió la madre.

Annie ya se dirigía —lenta y cuidadosamente— hacia un lado del granero.

—*Pierre* —susurró, en voz muy baja.

El perro tenía un pasado muy doloroso, le había contado Pam a Annie en una ocasión mientras sostenía al pequeño caniche en los brazos y éste apoyaba posesivamente la cabeza en el hombro de ella. Mucho antes de que Pam conociera a *Pierre* en aquella perrera, alguien lo había cuidado muy mal y lo había maltratado. Le costaba confiar en las personas, pero finalmente había establecido un vínculo con Pam. Ella le decía, cada día, que nadie le volvería a hacer daño, nunca.

—*Pierre*, soy yo —susurró Annie. El perro tampoco se había digna-

do prestarle atención antes. Desde luego, en aquel entonces, Pam siempre estaba, era su diosa, su todo.

Annie lo oyó antes de verlo, el retintín de sus placas de identificación al moverse, y luego... *Pierre* asomó la cabeza a la luz tenue con mirada cauta.

Estaba casi irreconocible. Tenía el pelo enmarañado y sucio. Y estaba delgado. Más delgado. Y tiritando de frío.

—Hola, perrito lindo —dijo Annie, con voz suave, usando el nombre con que Pam lo llamaba. Se agachó y estiró la mano para que la oliera—. Vale, buen perrito. Todo va bien. Nadie te hará daño...

Para sorpresa suya, *Pierre* no vaciló. Incluso meneó ligeramente la cola al salir de su escondite y le lamió la mano tendida. Miró por encima del hombro, como si estuviera seguro de que la seguiría, trotó hasta la entrada y llegó a su coche.

Annie se detuvo en seco. ¿Acaso quería...?

—Vaya, le caes bien —dijo la chica menor, con un dejo de admiración en la voz—. Nosotras no le caemos demasiado bien.

—Tú no le caes bien —precisó la hermana mayor—. Seguro que es porque no sabes distinguir entre un perro y una perra.

Pierre miró a Annie, luego miró el coche y otra vez a Annie, como diciendo: ¿*A qué esperas?*

—No puedo tener un perro en mi piso —dijo, como si él pudiera entenderle—. Además, trabajo a jornada completa...

Celeste abrió la puerta del porche.

—¿Por qué no entran un momento? —invitó a Annie—. Usted y el perro. Es demasiado tarde para volver a Boston esta noche. Puede dormir en el sofá y mañana por la mañana veremos qué hacemos.

La idea de entrar en la casa de Pam era a la vez atractiva y desagradable. Pero era tarde, y Annie estaba agotada.

—Gracias —dijo.

Curiosamente, *Pierre* no se resistió cuando ella lo cogió en brazos y siguió a la chica menor al interior, y... Era todo muy raro.

Porque ya no era ni remotamente la casa de Pam.

Habían pintado las paredes, y tapado los vivos colores de Pam. Y

sus muebles eran muy diferentes de los muebles de mimbre y madera blanca de Pam. Ahora el estilo era un colonial espurio, persianas oscuras y pomos de cobre en los cajones.

También olía diferente.

—El cuarto de baño está en el pasillo, segunda puerta a la izquierda —dijo Celeste—. Pero, claro, usted eso ya lo sabe. Volveré enseguida con unas mantas.

Desapareció y, al cabo de un rato, llamó a las chicas para que fueran a dormir, y Annie y *Pierre* se quedaron solos en el salón.

—Yo no puedo tener un perro —volvió a decir ella, pero el chucho bajó la cabeza y la dejó descansar sobre su hombro, como hacía con Pam, y suspiró. Todo su cuerpecito tembló con esa exhalación, y lo desquiciado de todo el asunto fue que Annie sintió lo mismo que él.

Si eso no era estar contento, se le parecía mucho.

Era curiosamente familiar.

Vagamente normal y muy acertado, a pesar de la anormalidad de todo lo que los rodeaba, y a pesar del lamentable olor de *Pierre*.

Era mucho más normal y acertado de lo que Annie jamás se había sentido en Templar, Brick and Smith. Incluso desde antes de que Pam enfermara.

Celeste volvió con un montón de mantas.

—Los de la perrera vendrán mañana por la mañana, ya sé que no es la mejor solución, pero al menos *Pierre* estará abrigado. Tendrá comida...

—Me lo quedaré —dijo Annie.

—Pero ha dicho que su piso...

—En realidad, no me gustaba —reconoció ella. Tampoco le gustaba especialmente su trabajo. Ni el frío implacable de Boston, esos inviernos que duraban casi la mitad del año—. Le agradezco su hospitalidad, pero estoy lo bastante despierta para conducir. Nos vamos a casa.

—¿Está segura? —preguntó Celeste, mientras la seguía hasta la puerta de la cocina—. Le aseguro que no es ninguna molestia.

—Estoy segura —confirmó Annie—. Gracias de nuevo.

La gravilla crujió bajo sus botas cuando llevó a *Pierre* hasta el coche.

El caniche no se mostró nervioso cuando lo dejó sobre el asiento del pasajero. Se sentó y se acomodó, y luego le lanzó una mirada expectante.

Annie se puso al volante y encendió el motor.

—De acuerdo —dijo al perro mientras retrocedía y a continuación salía hacia el camino—. Ahora sólo nos queda saber exactamente dónde esta nuestra casa.

La jefa de su equipo, Peggy Ryan, lo odiaba.

Era una estupidez que el agente del FBI Jules Cassidy cavilara sobre eso, teniendo en cuenta que un hombre había abierto fuego contra la multitud de agentes del orden, todos los cuales acababan de abandonar su protección detrás de media docena de coches de policía.

Sin embargo, para ser justos, toda aquella situación era una locura. Además, hedía francamente a algo muy raro, empezando por la acogedora casita estilo el Cabo, situada en lo que tendría que haber sido una tranquila calle de los suburbios de Washington D.C.

La catastrochapuza había comenzado hacía diez horas, cuando se informó de una situación de toma de rehenes. El equipo antiterrorista de Jules había recibido una llamada porque el que se había hecho con los rehenes era un tío conocido, un terrorista de la variedad local muy buscado.

Les informaron de que, por lo que ellos podían afirmar, había tres rehenes en manos del solitario asaltante en aquella casita sin pretensiones con su jardín de flores y su cerca de madera blanca. Cuando llegó a la escena una variopinta mezcla de fuerzas del orden y equipos del FBI, aislaron el perímetro e instalaron los coches como barricadas para mantenerlos a todos a salvo del alcance del rifle de Bubba. Después empezaron las negociaciones.

Pasadas varias horas de punto muerto en las negociaciones, para total y absoluta sorpresa de Jules, Bubba se había rendido.

Salió de la casa al jardín con las manos arriba y vacías, sin un arma a la vista.

En ese momento, Peggy dio la orden de detenerlo. Ella y el jefe de la policía local, un tal Peeler, un hombre corpulento como un oso, inicia-

ron la entrada en el jardín mientras Jules y el resto del equipo se dirigían a la casa para comprobar la seguridad de los rehenes.

Por fin había acabado todo.

Salvo que, cuidado, no tan rápido.

Al parecer, todo acababa de comenzar.

Porque no había un único tirador que les disparaba desde la casita del Cabo, obligándolos a desperdigarse. Eran al menos dos. Joder, en realidad, eran tres. Cuando Jules miró hacia la casa, contó, sí, señor, tres tiradores, todos armados con rifles y disparando desde las ventanas de las habitaciones de la segunda planta.

—¿Qué coño...? —Con eso, Deb Erlanger, miembro del equipo de Jules, lo decía todo. Yashi y George se salvaron y tiraron de Jules, hasta cubrirse detrás de uno de los coches de la policía estatal.

—Le han dado a nuestra radio —avisó Yashi.

Por supuesto, tenían que darle a la radio.

Eran momentos como ése los que ponían de relieve la importancia de que el personal dedicado a la custodia del orden otorgara el peso debido a la palabra *supuestamente* en lo relativo al proceso de toma de decisiones. *Supuestamente* se parecía bastante a *suponer*, pero en este caso, no sólo convertía a los jefes de los equipos en unos capullos, también convertía a los vivos en muertos.

Al parecer, no había un asaltante y tres rehenes. Al contrario, Había al menos tres pistoleros hostiles, al parecer dispuestos a morir a manos de los equipos de asalto de los SWAT, intentando cargarse a todos los federales y policías a su alcance.

Desde donde estaba ahora, Jules vio que habían herido al jefe Peeler. Ignoraba cuán grave eran las heridas, pero Peeler yacía inmóvil en el patio de la casa del Cabo, protegido sólo marginalmente por la frágil verja de madera.

Todos los tiradores, excepto uno, tenían una puntería horrible, una pista que probablemente significaba que dos de ellos eran principiantes.

La mayoría de los agentes del FBI y de la policía habían logrado cubrirse detrás de los coches, con un número limitado de bajas, con la excepción de Peggy Ryan, que odiaba a Jules y que había quedado cla-

vada donde estaba, tendida en el suelo, con el arma desenfundada, a medio camino entre el cuerpo tumbado de Peeler y el refugio total de un cobertizo en el jardín vecino.

Había dejado caer la radio. Jules la veía cerca de la pierna de Peeler.

—La ventana del centro —avisó Jules a Yashi, Deb y George, mientras subía al coche y cogía el equipo de primeros auxilios. Iba a llevarlo consigo por si él y Peeler se vieran obligados a resguardarse detrás, con Peggy—. El que está ahí arriba es el único que sabe disparar. Concentrad vuestro fuego ahí. Cubridme hasta que ponga al jefe Peeler a salvo detrás del cobertizo.

George lo miró, incrédulo.

—¿Vas a mover a Peeler?

La pregunta de Yashi fue mucho más pertinente. Enseñó su arma reglamentaria.

—El alcance de este trasto es demasiado corto. No podrá...

—Sólo haced lo que digo —ordenó Jules. Con suerte, obligarían a los tiradores a cubrirse. Era difícil apuntar y disparar mientras uno se escabullía.

—Sí, señor.

—¡Ahora! —avisó Jules y, con el equipo de primeros auxilios en bandolera y su arma desenfundada, echó a correr por la calle en dirección al jardín. Las armas de Deb, Yashi y George tronaron a sus espaldas y, mientras se lanzaba recto hacia lo que podía ser una lluvia de balas de los pistoleros atrincherados, se dio cuenta de que había desaprovechado la oportunidad perfecta para decir «Cubridme, voy a entrar».

Las balas de los tiradores de la casa llovieron en el suelo a su alrededor, levantando nubecillas de polvo. Pero ya no había manera de volver atrás.

Jules respondió disparando, cosa nada fácil cuando uno corre, y apuntando lo mejor que podía a la ventana del centro. Al final, derrapó hasta llegar junto al jefe Peeler, con lo cual se rasgó los pantalones a la altura de la rodilla. Joder, era su traje preferido, pero era importante conservar una perspectiva adecuada. La última vez que había pasado por Men's Wearhouse no vendían órganos internos.

El jefe Peeler no había tenido la misma suerte. Estaba tendido con la cabeza en un charco de sangre. Esperando lo peor, Jules le buscó el pulso. Para su sorpresa, descubrió que latía con fuerza y regularmente, y entonces vio que al jefe la bala sólo lo había rozado y le había dejado una huella en el cuero cabelludo por encima de la oreja izquierda, lo cual explicaba la abundancia de sangre. Lo había dejado inconsciente, pero el hombre seguía vivo.

Por el momento, en cualquier caso.

Jules cubrió a Peeler con su propio cuerpo cuando una nueva ronda de balas silbó a su alrededor.

Cogió la radio que Peggy había dejado caer.

—Cubridme —ordenó a quien fuera que escuchara en el otro extremo—. Tenéis que disparar con armas de gran alcance contra esa ventana. No paréis hasta que haya dejado al jefe detrás del cobertizo.

No esperó la confirmación. Lanzó la radio a Peggy y cogió a Peeler por debajo de los enormes brazos.

Jules era un hombre de baja estatura, pero robusto. Hundió los talones en la tierra y tiró de su jefe. Pero, Dios mío, ¿por qué no se habría molestado ese hombre en frecuentar de vez en cuando el bar de las ensaladas en los últimos años en lugar de atiborrarse de fritos de queso?

Pero de pronto Peggy estaba a su lado, ayudándolo, y juntos tiraron del jefe hasta el cobertizo, donde ya los esperaba un equipo médico.

—¿Le han dado? —preguntó una paramédica, una mujer con el pelo recogido en una apretada coleta.

Jules sacudió la cabeza. No, era un milagro, pero no estaba herido.

—Peg, ¿estás bien?

Peggy ya ladraba órdenes por la radio para que llamaran a un comando de las SWAT. Tal vez estuviera sangrando, pero no iba a detenerse por eso.

—Tío, tienes un par de huevos —dijo el otro paramédico—. Y una suerte de miedo. Que sepas que el Canal Cuatro lo ha grabado todo. Serás un héroe. La gente de este lugar adora al jefe Peeler, y tú le has salvado la vida.

Estupendo. Jules tendría que llamar a Laronda —la ayudante del jefe— y decirle que desactivara esa mierda de tarta a la crema mediática lo más rápido posible. Lo último que necesitaba era su foto en las noticias de la noche.

Pero no fue hasta más tarde, hasta que el comando de las SWAT hubiera intervenido y el polvo hubiera vuelto a asentarse en torno a las bolsas de plástico que sacaban de la casa recién liberada, que Jules pudo finalmente echar mano de su móvil. Pero no, porque tuvo que guardarlo cuando se le acercó Peggy Ryan.

Peggy Ryan, que lo odiaba, y a quien probablemente importaría un rábano que su foto y su descripción aparecieran en las noticias de todas las cadenas.

De hecho, lo utilizaría como el motivo número 4.367 para que Jules renunciara.

En ese momento, mientras ella se dirigía hacia él, con su cara de asuntos oficiales, Jules cayó en la cuenta de que al salvar al jefe Peeler, también había salvado a Peggy Ryan.

—Esto no cambia nada —dijo ella, intentando quitarse la mancha de tierra de la camisa blanca almidonada. También su peinado de casco estaba enmarañado, pero su mirada era la misma de siempre. Fría y distante—. Quiero decir, entre nosotros. Sigo pensando que no perteneces al buró.

—Por Dios —dijo Jules, incapaz de controlarse. No se esperaba un cambio radical de actitud, pero ¿acaso era demasiado pedir que dijera «Buen trabajo»? O ¿qué tal «Gracias»?—. En ese caso, supongo que debería haber dejado que el jefe Peeler muriera. —Sacudió la cabeza dando a entender su disgusto—. Aunque no lo creas, no lo ayudé porque pensara que tú lo aprobarías. Lo hice porque alguien tenía que ayudar a Peeler. Hasta que yo llegué, se diría que lo único que te preocupaba a ti era salvar tu propio culo.

Ella se sonrojó.

—¿Cómo te atreves?

Vale, quizá había sido demasiado rudo. Las cosas habían ocurrido muy rápido y ella se había visto acorralada. Pero estaba harto de su mier-

da, de su negativa a reconocer —incluso en ese momento— que él era un miembro importante del equipo. Jules había intentado ganársela con sentido del humor, pero no había funcionado. Había esperado que con el acto heroico de ese día se ganaría por fin su respeto, aunque fuera a regañadientes, pero ahora tenía que reconocerlo. Peggy Ryan nunca lo aceptaría.

—No me importa tu opinión sobre si pertenezco o no al buró —le dijo, en voz baja—. Las únicas dos opiniones que me importan son la mía y la del jefe. Y los dos pensamos que lo estoy haciendo muy bien. Si no quieres trabajar conmigo, más te vale que pidas un traslado. Porque yo no tengo intención de irme.

Ella no escuchaba. Nunca escuchaba.

—Si piensas que...

Jules la interrumpió, y se le acercó aún más a la cara.

—Hoy te he salvado la vida. Tú eras la jefa del equipo. Tú diste la orden. Si Peeler hubiera muerto, tendrías que haber vivido con ello toda tu vida. Supongo que te da mucha rabia, ¿eh, Peg? El tío gay te salvó la vida. Eso debe molestar mucho.

Ella giró sobre sus tacones. Más bien, sobre su único tacón. El otro se había roto en medio de la refriega. Jules se quedó mirando mientras se alejaba.

—No hay de qué —dijo en voz alta, pero ella ni siquiera se dignó en girarse.

—Vaya, hoy no esperaba verte. —Steven estaba de turno en la mesa central de la comisaría de policía—. Quiero decir, bienvenido a casa.

—Gracias. —Ric todavía se movía con cuidado y llevaba el brazo izquierdo en cabestrillo. Para tratarse de un par de heridas que no representaban ningún peligro mortal, le causaban un dolor infernal. Los puntos de sutura que tenía en el costado le tiraban a cada paso.

El poli más joven se levantó de su asiento, como si dudara.

—¿Estás seguro de que deberías volver tan pronto?

El médico le había dicho que se tomara un tiempo antes de volver al trabajo. Pero quería decir *trabajo* trabajo.

—Sólo pienso ocuparme de unos informes —avisó Ric—. Nada demasiado agotador. ¿Y tú qué haces ahí? —Normalmente, el turno de Steven era por la mañana.

El chico entornó los ojos.

—Demasiadas pérdidas jugando al póquer.

—No juegues con Camp, ni con Lora, tío. ¿No te lo había dicho? ¿Y ahora qué? ¿Tienes que hacerles todos los turnos hasta el día de Halloween?

—Hasta Navidad —corrigió Steve, con gesto cansado—. ¿Sabes, Ric?, no tienes buena pinta.

—Estoy bien —dijo él, y se alejó por el pasillo—. Sólo necesito una taza de café.

Sonó el teléfono, y Steve tuvo que cogerlo y poner fin a la conversación.

—Primer distrito. Hola. Sí, está aquí...

Ric fue hasta la sala del café, donde Bobby Donofrio y Johnny Olson estaban acabando de comer.

—Hola, hola, hola —dijo Donofrio, con la hamburguesa en la boca—. Mirad quién se ha levantado de su tumba. Creía que no te daban el alta en el hospital hasta mañana.

Johnny se acercó para echarle una mano con la cafetera.

—¿Seguro que no quieres cogerte un día más?

—Quería acabar ese informe —dijo Ric, mientras Johnny le servía el café muy caliente—. Gracias. Estoy seguro de que la familia agradecería que se cerrara el caso.

—¿Un tipo duro, eh? Pues ya puedes estar tranquilo porque el caso se ha cerrado. El culpable era el primo de la víctima —anunció Donofrio, y se reclinó en la silla—. Apareció el otro primo, un chico más joven. Al parecer, hubo una discusión a propósito de un tío (o tíos) que se estaban follando a la hermana. Tú ya la has visto, debía tener una lista de espera más larga que mi brazo. La víctima no quería dar la información, se pelearon y la pistola se disparó accidentalmente. Ya lo creo, como si alguien que no tuviera la cabeza en el culo fuera a creerse tamiña mentira.

—Hay un informe de balística —le informó Johnny—. La nueve milímetros del chico es el arma del crimen. No hay duda.

—Todo queda bien limpio y ordenado. De modo que nosotros los cabrones con suerte no tenemos que andar pendientes de juicios. —Donofrio tiró su bolsa de McDonalds a la papelera y dejó un hilo de *ketchup* sobre la mesa—. El primo que sobrevivió es un delincuente juvenil. Ha confesado haber sido cómplice, y ya lo han encerrado. El culpable ha muerto, de eso te ocupaste tú. Muy bien hecho, debo agregar.

—¿Ah, sí? —preguntó Ric. Era decididamente un error haber ido a la comisaría, porque ahora le dolía la cabeza casi tanto como el brazo y el costado.

—Tío. —Donofrio lo miró con una gran sonrisa que lo desconcertó tanto como el uso de la expresión *tío*—. Puede que yo haya ayudado a acabar la faena un poco más rápido, pero tu disparo a la entrepierna del chico... fue perfecto. Destrozó la arteria. Ya estaba muerto cuando yo le di, salvo que el chaval todavía no lo sabía.

Ric había disparado para herirlo. Sólo para herirlo. Había apuntado a la pierna del chico, no a...

—Hola, Martell —dijo Johnny, mirando hacia la puerta—. Hacía tiempo que no te veíamos. ¿Cómo te trata el mundo de los picapleitos?

—No me quejo. —La voz de bajo profundo de Martell Griffin era inconfundible. Ric miró y vio a su amigo apoyado en el marco de la puerta, vestido como el abogado que era, con traje oscuro y corbata convencional. La mirada que Martell le lanzó a Ric era todo un reproche—. Tú deberías estar en casa y en cama —lo riñó.

Pero Donofrio no había acabado.

—Así que, felicitaciones, Alvarado —dijo el corpulento inspector—. Tengo que reconocer que te has ganado el mérito de haber hecho diana.

¿*Haber hecho diana*? ¿Acaso hablaba en serio?

Al otro lado de la sala, Martell se enderezó.

—Creo que Ric no debería tener esta conversación, puesto que se está medicando —señaló.

—Y ha sido una diana tremenda. —Bobby Donofrio no tenía inten-

ción de dejarlo ahí, sonriendo con su boca de comemierda—. Un trabajo perfecto... Madre de Dios—. Es la décima diana del año.

Lo dijo como si fuera una especie de honor, una especie de insignia que todos deberían llevar con orgullo, como si por fin hubieran alcanzado la cifra de dos dígitos en la cuenta de delincuentes que no habían sobrevivido a un altercado con los mejores hombres de Sarasota.

—Venga, Ricky, tío. Deja que te lleve a casa —dijo Martell.

—No la quiero —dijo Ric a Donofrio.

—No, no, tú no lo entiendes —replicó Donofrio—. El chico tenía diecinueve años y no hay duda de que estaba armado y era peligroso. Ya se ha aclarado todo en asuntos internos. Es tu diana, inspector, y está todo limpio. No es algo que debieras menospreciar.

Ric ni siquiera se dio cuenta de que se movía. En un momento estaba simplemente mirando y, al instante siguiente, tenía a Bobby Donofrio contra la pared, con el brazo derecho presionándole con fuerza el cuello al muy hijo de puta.

—¿Y de los dos chicos muertos, Francisco y Jorge Flores —se oyó gruñir a sí mismo mientras el capullo intentaba soltarse. Ric lo apretó con más fuerza—, te olvidas y ya está, no? ¿A quién coño le importan?, son sólo dos hispanos que no crecerán para ir a la cárcel y atascar el sistema, ¿es eso?

—Ricky, eh. Basta, tío, lo estás asfixiando.

Era verdad. La cara de Bobby Donofrio se había vuelto más roja de lo normal.

Y Martell estaba a sus espaldas.

—Ric, venga, hermano. Tú no eres así. Suéltalo.

Ric soltó una bocanada de aire. Y dio un paso atrás.

Donofrio tragó aire y enseguida lo empujó, lo lanzó contra la mesa y lo hizo tirar varias sillas.

—¡Te mataré, capullo!

Ay. Ric sintió cómo se le rompían los puntos de sutura al echarse a un lado para evitar un choque frontal con el grandullón Donofrio.

Johnny había corrido en busca de la teniente, que irrumpió en la sala dando palmadas como si llamara la atención de dos perros falderos.

—¡Basta! ¡Parad ahora mismo!

—¡Se me ha lanzado encima! —exclamó Bobby Donofrio, y dejó que Johnny lo ayudara a levantarse y a retenerlo—. ¡Así, de repente!

—Teniente —dijo Martell con voz serena mientras su amigo se levantaba—. Ric ni siquiera debiera estar aquí. Está medicado y tiene la cabeza un poco...

—No estoy medicado...

Martell le lanzó una mirada de exasperación.

—Hasta ahí llega nuestra estrategia de defensa.

—No pienso mentir —dijo Ric, mirando a su amigo.

—Nunca te pediría que mintieras. —Martell estaba ofendido—. Aunque sospecho que si te tomaran una muestra de sangre, encontraríamos...

Donofrio lo interrumpió.

—¡El jodido *cholo* se me ha lanzado encima!

Martell se creció.

—¡Vaya, eso sí que está bien! ¿Y a mí qué, me vas a tratar de negrata, tío?

—¡Vosotros dos! —La teniente señaló a Ric y Martell—. Salid fuera, al pasillo. Tú, Donofrio. ¡Hazte un gran favor a ti mismo y cierra esa boca!

Martell tiró de Ric para sacarlo de la sala.

—Hombre, estás sangrando.

—Sí, los puntos de sutura se han... ¡Coño! —Tenía todo un lado de la camiseta empapado de sangre. Eso no había estado nada bien. Pero tendría que esperar, porque tenía que hablar con la teniente—. Aquí ya no pinto nada —dijo.

—Ya lo creo que no. —Martell buscaba algo con que limpiarse las manos, así que Ric le ofreció el lado limpio de su camisa—. Tenemos que llevarte de vuelta al hospital y...

—No, Martell, quiero decir, ya no pinto nada. Como quien dice, se acabó.

—¿Sabes?, es posible que podamos alegar circunstancias atenuantes. ¿Hace cuánto tiempo que te conozco? ¿Diez años? ¿Y cuántas veces te

he visto perder la cabeza de esa manera? Las puedo contar con los pulgares, así que...

—No. —Ric volvió a interrumpir—. Quiero decir que ya está. Se ha acabado. «¿Ganarme el mérito de haber hecho diana?»... Dios mío.

Martell por fin lo entendía.

—Vaya. Esto es... nuevo.

Ric negó con un gesto de la cabeza.

—No, en realidad, no lo es. Hace ya un tiempo que lo pienso.

Martell rió ante su propia exasperación.

—¿Alguna vez, digamos, me lo comentaste y yo no me enteré? Ya sé que estaba muy concentrado en los estudios para el examen final, pero...

—No —aclaró Ric—. No te lo había dicho. No se lo he dicho a nadie. Sólo que... —dijo, y sacudió la cabeza. *¿Cómo se las apañaba uno para hablar del tema? Hola, tío, ¿quieres una cerveza? Tu equipo de béisbol pinta bien este año. Ah, por cierto, me siento cada vez menos satisfecho con mi vida y no sé por qué. Superficialmente, todo parece perfecto, pero estoy pensando en cambiar ciertas cosas. Dejo el empleo que, se supone, tanto me gusta.*

La teniente salió de la sala del café y cerró la puerta. Su expresión no era precisamente de satisfacción.

—Alvarado, ¿qué te ocurre? Vete de aquí. No quiero verte durante una semana. Y cuando vuelvas, será mejor que vayas pensando en pedirle disculpas a Bob. Será la única manera de... ¿Qué significa esto?

Ric le tendía su arma reglamentaria y su placa.

Ella las cogió y sacudió la cabeza.

—No se trata de una suspensión.

—Se ha acabado para él —explicó Martell, y llevó a Ric de vuelta al hospital.